

diando su bienestar, los menos escrupulosos.

La vida de regalo y orgía a que de continuo estaban entregados, fué interrumpida bruscamente por la enfermedad de uno de sus hijos, el cual falleció al cabo de mil penalidades y no pocos gastos.... A la muerte de aquel hijo, sucedió la de otro;.... y la de otro, algún tiempo después.... y más tarde la de otro.... Parecía que la fatalidad y la desgracia habían hecho presa en aquella familia, a la que pocos meses antes sonreía alegremente la felicidad. En la enfermedad del último hijo, la viuda de Carlos, sin saber ya qué hacer y en el paroxismo de la locura y la desesperación, se acordó de Don Claro, del médico amigo y bueno a quien tanto utilizará en Madrid cuando eran pobres, y aunque avergonzada por la ingrata conducta con él observada, decidió avisarle.... Mucho dudó antes de dar este paso, ante la posibilidad de que Don Claro, recordando la conducta con él observada, se negase a acudir a su requerimiento.... Pero era madre, había perdido todos sus hijos y se ventilaba la vida del último, y ante situación tan crítica y angustiosa, hubo de decidirse.

Don Claro, que tenía fama de franco, descarado y adusto, pero también de bueno y caritativo, y sobre todo de amante de la infancia, haciendo honor a esta última cualidad, acudió solícito al requerimiento. Reconoció detenidamente al niño, y una vez que hubo terminado, con la franqueza y sencillez en él características, hizo saber a la madre que la enfermedad no tenía importancia, que sólo duraría algunos días.

Esta manifestación, lejos de tranquilizar a la desolada madre, la excitó doblemente. La hizo recordar cómo habían muerto los otros.... ¡con la misma enfermedad!... ¡con los mismos síntomas!.... ¿Cómo era esto posible?.... Si esto no era nada, ¿cómo habían muerto aquéllos?.... ¿Por qué habían muerto?.... ¡Oh!.... Aquella situación era horrible... y Don Claro, ignorando la verdadera causa de la desesperación de aquella infeliz, trataba de calmarla insistiendo una y otra vez en sus manifestaciones, en que la enfermedad no era grave, que no tenía importancia.... Ella quería que su hijo curase, pero hubiera querido oír que la enfermedad era grave, muy grave, para que esta gravedad sirviese de lenitivo a su inmensa pena por la muerte de los otros. Pero ¡que no era nada!.... ¡Aquello era para volverse loco!....

La enfermedad seguía su curso, sin que de los labios de Don Claro saliese una palabra intranquilizadora, ni manifestación alguna alarmante.... Y llegó el día feliz.... tan feliz para la madre, que no acertaba a explicárselo.... El niño se encontraba en franca convalecencia, según comunicaba alegremente Don Claro a la viuda de su amigo Carlos, ignorando la lucha horrible que en su interior sostenía aquella desventurada mujer.

Y con la fausta nueva, sobrevino la catástrofe.... Aquella lucha interior hizo ex-

plosión, y la viuda de Carlos fué acometida por una crisis nerviosa tan violenta, que hubo un momento en que Don Claro temió seriamente por su vida.... El desequilibrio mental de aquella infeliz mujer bordeaba los límites de la locura.... Llamaba a sus hijos,.... odiaba las riquezas.... se figuraba estar en aquellos tiempos felices de la Corte en que Don Claro los visitaba gratuitamente, porque no tenían para pagarle....

A fuerza de asiduos cuidados y de seguir con toda severidad las prescripciones de Don Claro, volvieron los momentos de lucidez.... Entonces se dió cuenta exacta de su verdadera situación, y estrechando a su hijo fuertemente contra su pecho, y con el pensamiento puesto en Dios, que enseña a despreciar las riquezas; recordando la muerte de sus hijos y comprendiendo el dolor que deben pasar las madres que carecen de medios para cuidar a los suyos en sus enfermedades, resolvió invertir la fortuna tan rápidamente adquirida por su marido, en la creación y sostenimiento de un pequeño Hospitalito para niños, de cuya asistencia ofreció Don Claro encargarse gratuitamente, como lo hiciera con sus hijos en aquellos tiempos felices de pobreza y adversidad.

Y llegó el día de la inauguración del pequeño Hospital, modelo de sencillez y de utilidad, el cual fué construído en la casa misma donde murieron los hijos de la filantrópica donante.... La viuda de Carlos quiso asistir al acto solemne del ingreso e instalación de los primeros acogidos.... Dos sensaciones opuestas asaltaban su alma, ante la contemplación de aquel acto tan sencillo y conmovedor.... Una de alegría, por la obra realizada.... Otra de dolor, por el recuerdo de sus hijos.... Con una inmovilidad y un silencio religiosos, contemplaba la colocación en las camas de los pequeños pacientes, estado del que vino a sacarla, una ruidosa carcajada salida de su pecho, que a todos conmovió.... Después, con el rostro descompuesto y la mirada amenazadora, se dirigió a los niños, a los que abrazaba y besaba, llamándolos con los nombres de sus hijos.... Nadie intentó separarla de aquellas criaturas, a las que, a pesar de su desvarío, trataba con ternura maternal.... ¡La desventurada madre se había vuelto loco!

Sólo Don Claro, comprendiendo la situación, se atrevió a aproximarse a ella, hablándole como en otros tiempos, como cuando era el médico de sus hijos, el amigo de la casa cariñoso y bueno, que con sus solícitos cuidados devolvía a todos la salud. Esta actitud de Don Claro devolvió la alegría y la tranquilidad a la pobre demente, que siguió un día y otro día asistiendo a los niños, creyéndolos sus hijos; piadosa y humanitaria labor en la que le ayudaba Don Claro, logrando así sostener en un estado de locura feliz, a la desventurada viuda de su amigo Carlos, contribuyendo con ello al propio tiempo, al

sostenimiento de la filantrópica institución que aquélla creara.

H. D.



LOS MÉDICOS GEOGRÁFICOS

El malestar que corroe a la clase médica es notorio, es antiguo y es creciente. Ser médico en este país, equivale a estar quejándose continuamente, unas veces de la medicina, otras de los médicos, otras del Estado y siempre de la sociedad. Confieso ingénuamente que yo he sido uno de los que más se han quejado, porque me ha molestado, y me molesta sobremanera, ver claramente, que, pudiendo estar bien todos, médicos y humanidad, estemos por el contrario, del modo peor que imaginarse puede, y todo por culpa de los médicos únicamente.

Ya no me quejo. Tonto sería en hacerlo, sabiendo que el mal es irremediable, y convencido por lo tanto de la inutilidad de mis lamentaciones; me resigno y nada más, pero eso sí, apuntando por lo menos siempre que encuentro ocasión, las verdaderas causas de nuestra decadencia y de nuestras desdichas.

Entre todas ellas, la más importante y la que más abunda por desgracia, es, el desprecio que hacemos de nosotros mismos, que como es consiguiente, hace que seamos después despreciados también por todo el mundo.

Entre las múltiples formas de despreciarse, está esta de ejercer la profesión *geográficamente*, llamando yo *médicos geográficos* a los que de tal forma ejercen, por su parecido con los malos estudiantes llamados *geográficos*, entre la clase, por ir de Universidad en Universidad cursando en cada una las asignaturas que están más fáciles de aprobar.

En miles de ocasiones y en diversos sitios, vemos quejarse amargamente a muchos compañeros, de la presencia periódica en sus respectivas localidades, de médicos venidos de Madrid, que anunciándose pomposamente como eminentes especialistas cortesanos, portadores de numeroso y deslumbrante instrumental y de los más novísimos y eficaces procedimientos curativos, se ofrecen a los desgraciados pacientes como angélicos y providenciales salvadores, curadores de las dolencias que sus incultos y anticuados galenos no supieron curar, por carecer de estos indispensables y complicados elementos. Hasta en el Colegio se habló una vez de estos excursionistas y de lo perjudicial que para los intereses de la clase resultaban estas incursiones.

Que el hecho es cierto, es una dolorosa y evidente realidad. Un día vemos anunciado en letras muy grandes: «*Consultas médicas por especialistas de Madrid*». Otro día vemos en un periódico un anuncio concebido en los siguientes términos: